

Ben Pastor

La noche de las estrellas
fugaces

Traducido del inglés por
Pilar de Vicente Servio

Alianza Editorial

Título original: *The Night of Shooting Stars*

Esta edición se publica por acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



*Copyright © 2018 by Ben Pastor
© de la traducción: Pilar de Vicente Servio, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-146-3
Depósito legal: M. 28.969-2020
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A todos los demás que resistieron,
pero que nadie recuerda*

Es brauchet aber Stiche der Fels
(«Mas la roca necesita del pico»)

FRIEDRICH HÖLDERLIN, «El Ister»¹

¹ Traducción de Federico Gorbea: Hölderlin, Friedrich (1977), *Poesía completa*, Edición bilingüe, Barcelona, Ediciones 29.

Lista de personajes

- MARTIN-HEINZ VON BORA, teniente coronel del Ejército alemán.
NINA SICKINGEN-BORA, su madre.
BENNO VON SALOMON, coronel del Ejército alemán.
BRUNO LATTMANN, comandante del Ejército alemán.
MAX KOLOWRAT, periodista y viajero, antiguo corresponsal de guerra.
ARTHUR NEBE, jefe de la Policía Criminal alemana (Kripo).
CLAUS VON STAUFFENBERG, jefe del Estado Mayor del Ejército de la Reserva.
WILLY OSTERLOH, ingeniero civil.
EMMA «EMMY» PLETSCH, jefa de personal del Ejército de la Reserva.
MARGARETHA «DUCKIE» SICKINGEN, cuñada de Bora.
FLORIAN GRIMM, inspector de la Policía criminal de Berlín.
ALBRECHT OLBERTZ, médico nazi.
IDA RÜDIGER, peluquera de las mujeres de altos cargos del Partido.
BERTHOLD «BUBI» KUPINSKY, un personaje turbio.
GERD EPPNER, joyero y relojero.
ROLAND GLANTZ, editor de la Sternuhr Verlag.
GUSTAV KUGLER, exoficial de la Kripo.
NAMURA, teniente coronel del Ejército Imperial Japonés.
SAMI MANDELBAUM, ALIAS MAGNUS MAGNUSSON, ALIAS WALTER NIEMEYER, adivino y mago.

Glosario

Abwehr: servicio de contraespionaje militar del Tercer Reich.

Alex: apelativo coloquial de la Alexanderplatz de Berlín. En la novela, se utiliza principalmente para referirse a la jefatura de policía.

Camisa parda: miembro de la SA (Sturmabteilung), fuerza paramilitar.

Einsatzgruppen: escuadrones de la muerte paramilitares de las SS que actuaron en el frente oriental.

Garde-Regiment zu Fuss: Regimiento de la Guardia, regimiento de infantería prusiano.

Heimat: en alemán, patria, tierra natal.

Kripo: contracción de «Kriminalpolizei», la policía criminal alemana.

NSKK: abreviatura de «Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps», cuerpo de transporte militar que proporcionaba conductores, mecánicos y motociclistas.

OKW: abreviatura de «Oberkommando der Wehrmacht», el Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas.

Viejo combatiente (en alemán, «*alter Kämpfer*»): término que designa a los miembros del NSDAP que se unieron al partido antes de 1933.

Ostarbeiter: prisionero de los territorios ocupados de Europa del Este, obligado a realizar trabajos forzados.

Ostjude: judío proveniente de Europa del Este.

Revoluzzer: término peyorativo para referirse a un revolucionario.

Ritterkreuz: Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, codiciada medalla militar y paramilitar.

RSHA: abreviatura de «Reichssicherheitshauptamt», la Oficina Central de Seguridad del Reich.

Schejner Jid: en yidis, «un verdadero judío».

SD: abreviatura de «Sicherheitsdienst», servicio de información de las SS.

Shtreimel: sombrero de piel de visón usado por los judíos practicantes en Europa del Este.

Sonderausweis: documento de órdenes especiales que se emitía a los soldados que viajaban por motivos de servicio.

Stulle: tosta o bocadillo abierto.

TeNo: contracción de «Technische Nothilfe», cuerpo técnico de emergencia paramilitar.

Verlag: en alemán, «editorial».

Zdravstvutye: en ruso, un cortés «Hola» o «Buenos días».

Prefacio

BERLÍN, DOMINGO, 9 DE JULIO DE 1944, *Deutsche Allgemeine Zeitung*

«**E**L SOLEMNE FUNERAL de Estado del Prof. Dr. Alfred Johann Reinhardt-Thoma, que falleció repentinamente en su residencia la noche del viernes 7 de julio, se celebrará mañana en el Instituto Kaiser Wilhelm de Dahlem.

»El Dr. Reinhardt-Thoma, cirujano jefe del hospital St. Jakob de Leipzig hasta 1933, fue el fundador y director de la Clínica para el Bienestar y la Salud Infantil, una institución privada situada en Dahlem. Hace dos años falleció su esposa, Dorothea Reinhardt-Thoma, de soltera baronesa von Bora e hija del mariscal de campo Wilhelm-Heinrich von Bora, héroe de la Guerra de las Siete Semanas. Saskia Reinhardt-Thoma, hija adoptiva del ilustre difunto, no podrá asistir debido a una grave enfermedad. Su cuñada Nina, baronesa von Sickingen y viuda del difunto maestro Friedrich, barón von Bora, ha llegado desde su residencia en Leipzig, y en breve se les unirá procedente del frente, donde dirige un regimiento de asalto, su hijo, el teniente coronel Martin-Heinz Douglas, barón von Bora, condecorado con la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y sobrino del Prof. Dr. Reinhardt-Thoma.

»Honrando al difunto con su presencia estarán Su Excelencia el jefe de la Cancillería del Partido, Martin Bormann; el Dr. Leonardo Conti, Gruppenführer de las SS, Secretario de Estado del Interior y director del Departamento Nacional de Salud; Ludwig Steeg, alcalde de Berlín y ge-

neral de las SS, y el Dr. Jur. Carl Friedrich Goerdeler, exalcalde de Leipzig. También asistirán el Dr. Karl Gebhardt, presidente de la Cruz Roja Alemana y cirujano jefe de las SS y la Policía; el Dr. Max de Crinis, catedrático de Psicología y Neurología de la Universidad Friedrich Wilhelm, y los ilustres colegas del fallecido, los Dres. Matthias Göring, Karl Bonhoeffer, Hans-Gerhard Creutzfeldt, Kurt Blome y Paul Nitsche, entre muchos otros. El Dr. Siegfried Handloser, teniente general y jefe del Servicio Médico de las Fuerzas Armadas, dará el discurso fúnebre.

»Según las disposiciones testamentarias del difunto Prof. Dr. Reinhardt-Thoma, no habrá ceremonia religiosa ni cortejo fúnebre. El entierro tendrá lugar más adelante en el panteón familiar del Waldfriedhof Dahlem.

»Nacido en Halle an der Saale en 1878 y educado en las universidades de Leipzig, Jena y Berlín (donde también ocupó la cátedra de Medicina Interna), el Prof. Dr. Reinhardt-Thoma pasará a la posteridad como una estrella de primera magnitud en el firmamento de la investigación y la práctica médicas. A lo largo de su dilatada y distinguida carrera como pediatra, investigador y académico, recibió los máximos galardones, tanto en la Patria como en el extranjero, por sus estudios sobre malformaciones congénitas y perinatales.

»El Führer y Canciller del Reich, Adolf Hitler, siempre solícito a la hora de recordar a todos los camaradas que honran a la Patria Alemana, envió personalmente una nota a la familia para expresarle sus condolencias y su más sincero pésame».

Capítulo 1

«Los grandes acontecimientos suelen producirse por sorpresa, y lo único que consigue la espera es que se retrasen.»

JOSEPH ROTH, *Hotel Savoy*¹

APROXIMACIÓN AL AEROPUERTO DE SCHÖNEFELD, CERCA DE Teltow, LUNES, 10 DE JULIO DE 1944, 6:38 A.M.

SE LE ESTABA ACABANDO la tinta de la estilográfica. La frase que acababa de escribir en la página de su diario era de un azul aguado y, suponiendo que encontrara el material necesario en venta en algún sitio, tendría que volver a trazarla para que fuese legible. Aunque apenas había necesidad de usar papel secante, lo colocó a modo de marcador y se apoyó el diario en las rodillas. Sintió zarandearse el avión cuando atravesaron la capa de nubes durante el descenso. Perezosamente, el cuerpo de metal del aeroplano se encontraba con bolsas de aire, de las que parecía zafarse para volver a subir. Ahora empezaba a inclinarse, a alinearse con la pista, recuperando algo de altitud. Entonces oyó el zumbido y el cambio de tono del motor que indicaban el descenso final, el breve estrépito del tren de aterrizaje al desplegarse y sintió la fuerza del viento, que oponía resistencia antes de ceder. Las ruedas tocaron el suelo de hierba con un ruido sordo.

Durante el vuelo desde el frente italiano, Bora había considerado una suerte que no hubiese ventanillas por las que ver las condiciones del terreno que atravesaban. Era perfectamente consciente de los recientes bombardeos, pero por alguna razón, no poder contemplar sus resultados

¹ Traducción de Feliu Formosa: Roth, Joseph, (1924), *Hotel Savoy*, AlNoah, recuperado de ebookelo.com.

ayudaba hasta cierto punto. Así que no había visto el estado en el que se encontraba Berlín desde el aire, aunque pronto tendría que bajar del avión y mirar a su alrededor.

Mientras el aparato rodaba por la pista en dirección al hangar, relejó lo que había anotado en su diario horas antes, cuando esperaba llegar a su destino antes del anochecer, una esperanza que había resultado excesivamente optimista. La presencia de cazas enemigos había obligado al avión de carga a hacer escala en el primer aeródromo disponible dentro de las fronteras alemanas, así que el amanecer los había sorprendido en pleno vuelo.

«Entrada comenzada el 9 de julio en un aeródromo del norte de Italia, mientras espero un vuelo a la Patria. La ocasión es triste. La muerte del tío Alfred nos ha pillado por sorpresa. Nina (con la que hablé brevemente por teléfono y a la que, afortunadamente, veré pronto) dice que tuvo noticias de él el día del cumpleaños de mi padrastro, en junio. El tío tenía sesenta y seis años, pero que supiéramos, estaba fuerte como un roble y ocupado con su clínica, siempre al cuidado de pacientes jóvenes, tanto de los que han quedado conmocionados por los bombardeos como de los que han padecido heridas físicas. Los primeros, en su opinión, sufrirán efectos más duraderos.

»Los civiles y los soldados usamos las palabras de forma muy distinta. Cada vez más, tiendo a evitar el adverbio “después”. ¿Será una superstición? En Stalingrado, uno de mis comandantes nos prohibió que utilizáramos la palabra “mañana” en su presencia. Estábamos bajo asedio y pronto, el ochenta y cuatro por ciento de los nuestros caería en manos del enemigo, muertos o prisioneros... o heridos, es decir, muertos. Hace menos de veinte meses, el coronel von Guzman no quería ni oír la palabra “mañana”. Te imaginarás los neologismos que tuvimos que inventar para referirnos al día después. No se tienen noticias de él desde entonces. ¿Acabaría siendo

carne de cañón a finales de 1942? ¿Estará languideciendo en un campo de prisioneros soviético, donde el mañana de verdad no existe, o (Dios no lo quiera) se habrá unido a los que han traicionado a la Patria por desesperación o cobardía, como nuestro propio comandante en jefe en ese frente? Me niego a escribir el nombre de ese mariscal de campo.

»Yo sí digo “mañana”, a pesar de la dura realidad. Creo que llegará un mañana, de algún tipo. “Y sale el sol”, leemos en el Eclesiastés. Que yo llegue a verlo o no, me importa menos que el botón de carey que cierra el cuello de mi camisa.

»Me obligo a escribir a la familia (soy “el único que queda”, como me recuerda mi madre, Nina, sin culparme por ello, un año y un mes después de la muerte de mi hermano Peter). ¿Cómo explicarles, a Nina o a mi padrastro de setenta y cuatro años, que cada carta que envío o recibo me cuesta un esfuerzo ímprobo, porque confirma mis vínculos con ellos? Carecer de vínculos significa ser libre, porque ni la esperanza es tan necesaria cuando se está solo.

»P.D. Añadido a la mañana siguiente, 10 de julio, en ruta. Se me está acabando la tinta. En cambio, sigo carteándome con gusto con el profesor Heidegger y el capitán Ernst Jünger. El diálogo con ellos es completamente abstracto, y mucho menos doloroso. Hasta he recibido una carta de mi amigo Bruno Lattmann, gravemente herido, pero gracias a Dios, vivo y convaleciente cerca de su Berlín natal. La idea de reunirme con él (si es posible) y, sobre todo, con Nina es un consuelo en este momento de profunda pérdida familiar».

—Lo logramos, coronel —le dijo el copiloto, alzando la voz—. Pero no podemos acercarnos más a la ciudad: no nos dieron autorización para ir a Tempelhof esta mañana.

Bora ya había notado que habían aterrizado sobre hierba y no en una pista asfaltada.

—¿Dónde estamos, entonces?

—En Schönefeld.

—Creí que en Schönefeld había pistas asfaltadas. —Para Bora, ante todo oficial de contraespionaje, hacer preguntas era casi un automatismo. Y, además, tenía una agenda que cumplir.

—Hay tres. Pero no son lo suficientemente largas para maniobrar, y esta vieja dama tiene que despegar de nuevo.

—Gracias. —Bora guardó el diario en su maletín—. Parece que se acerca una tormenta. ¿Está lloviendo fuera, por casualidad?

—No.

El coche que, se suponía, debía llevar a Bora al distrito suroeste de Dahlem probablemente lo estaría esperando en el aeropuerto civil de Tempelhof, que había permanecido abierto excepcionalmente la noche anterior para recibir su vuelo militar. La ceremonia comenzaba oficialmente dentro de dos horas, y el retraso dejaba pocas esperanzas de llegar a tiempo desde esta parcela de campo situada en el límite sudeste del área metropolitana de Berlín. Bora utilizó el teléfono de la torre de control para informar de su retraso; pero le informaron de que el conductor que le habían asignado ya estaba al corriente y se dirigía a Schönefeld.

INSTITUTO KAISER WILHELM, DAHLEM, 8:55 A.M.

Bora se apresuró a entrar en el abarrotado paraninfo de la universidad justo antes de que llegasen las autoridades. Apenas había tenido tiempo de saludar a su madre cuando todos tuvieron que levantarse en señal de respeto al jefe de la Cancillería del Partido. Bora se había colgado apresuradamente las medallas al entrar en el edificio, donde lo detuvo brevemente un hombre que se presentó como el doctor Olbertz y que, evidentemente, lo estaba esperando. Le susurró una sola frase al oído, unas pocas palabras que Bora no lograba sacarse de la cabeza. Los saludos a los representantes del ejército y del Partido, las inclinaciones de cabeza y los apretones de manos parecían extraños y fuera de lugar después de aquel mensaje. Y seguía teniendo la sensación de que se gestaba una tor-

menta, cuando los olores se avivan, las tonalidades se agudizan y hay un inquietante clima de expectación en el ambiente.

Las coronas decoradas con lazos y dispuestas alrededor del ataúd desprendían un aroma exótico, como si hubieran rociado con perfume unas ramas y flores que no tenían fragancia propia. Era el mismo olor dulce, artificial y azucarado del confeti de carnaval. Bora lo aspiró desde la primera fila y pensó que se sentía agradecido por estar al lado de su madre, mucho más que por la exhibición pública del funeral de Estado. En contra de la práctica general, aunque no de la etiqueta, Nina se había levantado el velo negro de luto, dejando al descubierto la serena firmeza de su dolor. Era un mensaje típico de Nina. «Las agallas las he heredado de ella», pensó Bora. Ya antes de la revelación precipitada y no solicitada de Olbertz, había sabido leer, no sin cierta ansiedad, las pistas que encerraba el artículo del periódico, donde la lista de invitados del Partido era más larga que la biografía del propio difunto. No esperaba que mencionasen al hijo adoptivo de Reinhardt-Thoma, que vivía en América desde hacía ocho años; pero al señalar el año 1933 como el final del cargo de su tío en St. Jakob y al aludir a la discreta enfermedad de Saskia (que, para ser creíble, había requerido hospitalización), dibujaba un cuadro de falta de fiabilidad política. Pero no de desgracia, porque no se deshonoraba a un médico de reconocido prestigio al que hasta el Führer, con su «gran corazón», había honrado con un mensaje personal.

El doctor Handloser, con aire sombrío y su uniforme de teniente general, leía de una hoja mecanografiada que sostenía como si fuese un decreto real.

—Inclinemos las cabezas y elevemos, orgullosos, los espíritus, para exteriorizar nuestro dolor viril por nuestro gran colega, maestro e investigador... ante el *medicus amabilis* que, en beneficio de la ciencia y de la humanidad, durante más de tres décadas de entregada labor, ensalzó el nombre de nuestra patria alemana...

Sí, las coronas olían a confeti. Parecían enormes, como grandes ruedas apoyadas contra el carro de un héroe caído que, en realidad, era el

lujoso ataúd proporcionado para este último adiós por la Asociación de Médicos Nacionalsocialistas. En comparación, el entierro de su hermano en Rusia había sido precipitado y discreto; en los tiempos que corrían, uno sabía evaluar la fiabilidad política (o falta de ella) del difunto por lo ostentoso de su funeral. A la derecha de Bora, con la nuca carnosa embutida en el cuello de la camisa, lo que le daba el aire de un mastín a punto de atacar, estaba el jefe de la Cancillería del Partido en persona. En la primera fila se alineaban los doctores Conti, Steeg, De Crinis y Göring (todos con uniformes del Partido). El viejo profesor Bonhoeffer parecía conmovido. En cuanto a Goerdeler, que había hablado con Nina a su llegada, se había escabullido antes del discurso fúnebre. ¿Dónde a sus espaldas, al fondo del salón, estaría Albrecht Olbertz (detrás de los funcionarios del Estado, burócratas y médicos nazis), cuyo «Ein nicht so freier Tod» susurrado contradecía el pomposo funeral? Tenía la sensación de que se avecinaba tormenta, una gran tormenta.

—A todos sus colaboradores y amigos nos mueve una reverente y sentida gratitud, ya que reconocemos en Alfred Reinhardt-Thoma las virtudes de nuestra raza y de la ciencia médica, encarnadas en el más alto grado...

«Ein nicht so freier Tod». Si una «muerte voluntaria» era el eufemismo alemán para referirse al suicidio, ¿qué querría decir con una muerte que no se había elegido «tan libremente»? La bien disimulada ansiedad de Bora estaba justificada. El salón excesivamente grande, las enormes coronas, los insignes invitados... Las cosas (y las circunstancias y los acontecimientos) parecían más grandes en estos tiempos. A menos que fuese al contrario y simplemente, se sintiese aplastado por todo lo que estaba ocurriendo. Pero sinceramente, no lo creía. A pesar de sus heridas y de la situación militar, tenía la misma energía de siempre, el valor audaz y ligeramente arrogante en el que su regimiento depositaba una confianza ciega. «Sirvo con Bora» (o «a las órdenes de Bora», dependiendo del rango), sus hombres escribían a sus familias o decían a sus colegas de otras unidades, y las palabras «mi comandante» se pronunciaban con el orgullo

reflejado que, al parecer, compartían todos los miembros del regimiento... excepto Martin Bora. Para él, en este verano de 1944 en los Apeninos bajo ataque, donde Alemania se jugaba la última carta en Italia, esta fe no hacía más que añadir un pesado lastre a su sentido de la responsabilidad. Aunque jamás lo admitiría, pensaba, no sin cierta dosis de realismo: «haré lo que pueda, pero no podemos salvarnos todos».

—La fundación que lleva el nombre de su abnegada esposa, ahora y siempre un faro de excelencia, nos anima a continuar por el camino que él abrió de forma tan desinteresada y brillante...

«Lo único que quieren mis hombres, incluidos los oficiales, es tranquilidad. Para el resto, no tengo respuestas. El tío Reinhardt-Thoma está muerto, y se avecina tormenta». No es que hubiese perdido la esperanza: sin esperanza, habría muerto en Stalingrado, o en el camino de tierra donde la granada de un partisano le había arrancado la mano izquierda, o cuando Dikta, sin preguntarle, obtuvo la anulación de su matrimonio. Pero, ¿de dónde provenía su esperanza? En los últimos cuatro meses, ni siquiera se había molestado en rezar. Treinta años en este mundo, siete de soldado y cinco pasados en guerra. La esperanza de Martin Bora existía con la condición de que no intentara imaginarse un futuro claro para sí mismo.

—Los cielos encierran meteoros fugaces y estrellas eternas e inalterables. Nuestro colega, nuestro camarada, Alfred Reinhardt-Thoma se ha ganado un lugar en el firmamento inmutable. Alfred Reinhardt-Thoma no está muerto. Vivirá por siempre en su legado.

Bora y su madre se separaron al final de la ceremonia, cuando los colegas y amigos se arremolinaron a su alrededor para darles el pésame. Nina apenas tuvo tiempo de decirle que alguien se había ofrecido a llevarla al Adlon y que lo esperaría allí. En cuestión de minutos, cuando la multitud y las autoridades (que, naturalmente, fueron las primeras en marcharse) abandonaron el salón, el hombre que se había identificado como Olbertz volvió a acercársele.

—Le pido disculpas por haberle abordado antes —dijo en tono seco—. Usted no me conoce, coronel, pero trabajaba con su tío. Antes,

hablé sin pensar; le dije lo primero que se me vino a la mente... era una simple impresión.

Bora notó las palabras: «nosotros, sus parientes, ni nos habíamos planteado la posibilidad del suicidio» en la punta de la lengua... donde se quedaron. Esperó cortésmente, pero sin mostrar amabilidad, sobre todo porque el médico no iba de uniforme. Esta falta de reacción debió de pillar por sorpresa a Olbertz, porque hizo un gesto brusco, como si se impacientase consigo mismo.

—Qué diablos... no, mire, coronel, me consta que fue un suicidio. Hablé con su tío la noche anterior.

—Ya veo. ¿Y mi tío expresó su intención de suicidarse?

—No del todo por voluntad propia. Es lo que quería decirle; lo que hago con ello es cosa suya. Pero negaré habérselo dicho.

Una vez más, Bora no reaccionó. Los tiempos que corrían exigían moderación. Había que tener cuidado con las trampas y provocaciones, no responder como esperaría el otro. La pena, la ira e incluso la indignación no debían estar a la vista, sino donde su trabajo como oficial de inteligencia le había enseñado a guardarlas. Pero se le ocurrían al menos tres razones por las que podría haber sucedido lo que decía Olbertz: Reinhardt-Thoma había declinado hacerse miembro del Partido, con todo lo que ello implicaba, a partir de 1933. Aunque, gracias a su fama internacional, no se habían atrevido a destruir su carrera, su negativa sí le había impedido acceder a los altos cargos del gobierno. La segunda razón era su decisión de adoptar a los hijos de dos colegas que habían muerto en desgracia, uno de ellos judío; algo inaceptable en la Alemania de hoy en día. Años antes, habrían enviado al joven en cuestión a estudiar a América, donde sabían que estaría a salvo. Por cierto, iba a ser complicado informarle de la muerte de su padre adoptivo: tal vez, solo lo conseguiría el abuelo Franz-August, con sus antiguos contactos en el mundo diplomático. A juzgar por la incomodidad de Olbertz, la tercera razón sería la menos aceptable de todas. Bora no se permitió reflexionar sobre ello, porque recordaba demasiado bien un par de visitas incómodas a la casa

de su tío, después de lo de Polonia. Entonces había aprendido el término *Ballastexistenzen* («vidas inútiles»), en referencia a ciertas prácticas médicas contra las que el anciano había protestado y que se había negado a aplicar. No obstante, los muy reputados médicos hoy presentes, entre ellos Karl Bonhoeffer y Leonardo Conti, teorizaban acerca de o apoyaban esas mismas investigaciones. Quién sabe, puede que Olbertz fuese de la Gestapo, o un informante, o que estuviese mintiendo descaradamente.

Los asistentes debían haber abierto un cuarto trasero situado detrás del salón, porque una corriente de aire atravesó el paraninfo saturado del olor artificial a confeti de las coronas que rodeaban el ataúd. ¿Sería una señal de la tormenta que se avecinaba? Bora decidió cortar por lo sano.

—Gracias, doctor Olbertz.

—Bueno, ya nos veremos, entonces —refunfuñó Olbertz con la misma sequedad, y le dio la espalda.

«Nos veremos...». En Berlín, según los colegas del ejército que habían estado de permiso en la capital, la despedida comúnmente aceptada hoy día era «mantente con vida, ¿de acuerdo?». En cuanto Olbertz se alejó, antes de salir a la calle, Bora se quitó la Cruz de Caballero que llevaba al cuello, junto con el resto de las medallas. Solo se dejó los pasadores de las campañas militares realizadas.

Un clima cálido y soleado reinaba en la región: los aduladores lo llamaban el «tiempo del Führer», como en la época del Káiser lo llamaban el «tiempo de los Hohenzollern». En este quinto año de la guerra, significaba que no había tormenta a la vista, a pesar de su corazonada, y daba luz verde a los pilotos enemigos. Para Bora, recién llegado del sur de Europa, la temperatura era agradable, sobre todo a la sombra de los frondosos tilos centenarios. Tomó el tranvía de Thielplatz a Leipzigerplatz, desde donde continuaría a pie hasta el Adlon. De camino, decidió echar un vistazo a los alrededores, como si esta no fuera la ciudad que conocía tan bien, la ciudad donde había recibido buena parte de su adiestramiento militar y donde se había reunido tantas veces con Dikta. «Pero hoy —pensó—, es un lugar que visito por primera vez y sobre el que prefiero